

Jaime Malet

Resiliencia

Tras años de pesimismo razonado me confieso moderadamente optimista. Han sido diez años de crisis dividida en dos partes, una económica del 2008 al 2013 y otra institucional desde el 2013. En ambas el sistema se ha sometido a colosales pruebas de esfuerzo de las que saldrá reforzado.

La crisis financiera socavó los cimientos de la economía. Tras 15 años de crecimiento, en pocos años perdimos el 9,2% del PIB, pasamos de un 8% a un 27% de desempleo, de una deuda nacional de 36,1% a otra del 98,8% del PIB y de un superávit fiscal del 2,2% a un déficit del 10,95%. La prima de riesgo alcanzó casi 650 puntos, y una devaluación interna monumental empobreció familias y quebró empresas.

De todo eso nos hemos recuperado bien. Hemos crecido por encima del 3% durante tres años y las previsiones son optimistas al menos hasta el 2022. La tasa de paro, aún siendo alta, sigue bajando, y las empresas son más eficientes y exportadoras que antes de la crisis, creciendo exponencialmente la base emprendedora.

Por supuesto, todo es frágil y depende de condiciones externas: la política monetaria puede endurecerse, el precio del petróleo puede aumentar, el turismo decaer o puede complicarse el contexto internacional (Brexit, guerra comercial, Italia...). Pero el sistema –esté quien esté en la Moncloa–

reacciona a la próxima crisis con mayores fortalezas y más sabias decisiones que en el 2008, incluyendo el compromiso con la ortodoxia fiscal que consagra el artículo 135 de la Constitución. Por su parte, las empresas están menos apalancadas y mejor gestionadas y la banca más saneada. Seguimos teniendo una nefasta educación pública y poca inversión en I+D, pero ambos problemas están más identificados y el tejido productivo más alerta a los cambios disruptivos procedentes de la digitalización.

Superada la crisis económica, en el 2013 empezamos una gran crisis institucional: fra-

J. MALET, presidente de AmchamSpain

gilidad de los partidos políticos, amenaza a la integridad territorial y recambio en la jefatura del Estado.

Todos estos temas tienen un nexo común: la insuficiencia de los controles al poder (*checks and balances*, en inglés) en muchas comunidades autónomas (y en algunos ayuntamientos). Por el contrario, durante veinte años no ha habido casos de corrupción relevantes al nivel del Estado central. El sis-

Lo que ha pasado no ha sido por carencia de competencias y símbolos, sino por exceso y mal uso de las unas y los otros



ETIENNE DE MALGIAIVE / GETTY

tema se inmunizó tras los últimos escándalos de la era González de tal manera que desde entonces el Gobierno central –con sus ministros, secretarios de Estado, directores... mientras estaban en el cargo– ha dejado de ser el lugar adecuado desde donde financiar partidos políticos o enriquecerse personalmente. Ese grado de control exhaustivo, ex ante y ex post, sutilmente instaurado en el Estado central no se ha trasladado a las administraciones autonómicas. La corrupción enquistada en Madrid, Valencia, Andalucía, Catalunya y Baleares tiene en común con el proyecto secesionista catalán justamente eso: la percepción por algunos gobernantes autonómicos de que su poder no tiene límites. Se controlan tantos recursos, se tiene tal

capacidad de propaganda, se pueden crear redes clientelares tan tupidas, que al final se acaba un olvidando de su función de servidor del Estado, de su sometimiento a la ley y hasta del origen de los recursos administrados. Al carecerse de los controles adecuados, el poder ha permitido trasmutar, casi sin querer, a algunos líderes regionales en caciques omnipotentes con ínfulas de estadistas.

Pero el sistema también se va a vacunar esta vez. Un país donde un exmiembro de la familia real termina en prisión, el partido gobernante tiene que dimitir por una sentencia judicial y todos aquellos que desde el poder se han saltado las leyes (corrupción o secesión) terminan procesados, es un buen país. Es un país donde prevalece la separación de poderes y el Estado de derecho. No es un país perfecto, pero sí mejor que muchos otros.

Los que piensan que con mayores dosis de autogobierno terminaremos con estos “excesos de gobernanza” adolecen, intuyo, de una cierta ingenuidad. Todo lo que ha pasado no ha sido por carencia de competencias y símbolos, sino en todo caso por exceso y mal uso de las unas y los otros. Sin mayores y más eficientes *checks and balances*, la tentación al nepotismo, la corrupción y la demagogia seguirían estando ahí. Los líderes seguirían movilizándolo a la calle desde el poder para blindarse (como los dictadores), de forma que de sus errores

responda un pueblo manipulado para pensar que todas sus desgracias proceden del Estado central. Por ello pienso que cualquier reforma del régimen territorial debería priorizar la necesidad de establecer controles más estrictos al arbitrio de los gobernantes (y parlamentarios) autonómicos.

A esto cabe añadir la necesidad de que la segunda ciudad del Estado, una marca global tan potente como Barcelona, tenga mayor protagonismo en la gobernanza del todo y no sólo en la de una parte.

El día que todo esto pase, y pasará, se acabará con la ajenedad periférica y el victimismo insufrible, la resiliencia habrá mutado en sentido común y el sentido común en ilusión por una nueva época.●

Joana Bonet



La pereza, esa gamberra

No sabemos exactamente qué repara el verano, pero lo aguardamos con fe, como si con él resucitáramos a trozos. Perder el sentido de la urgencia, ese es el mandato interior y a la vez el desafío, al igual que desocuparse y despreocuparse. Pensar las vacaciones equivale a proyectar la felicidad, una quimera imposible de sostener a largo plazo pero lo suficientemente coqueta para dejarse seducir a sorbos. El filósofo Ismael Grasa escribe en su delicioso libro *La hazaña secreta* (Turner), que “lo que quizá haga valiosa nuestra esperanza es que no tenemos ninguna razón para tenerla”.

Esta semana, un compañero publicista me contaba que él trabaja el doble en julio porque es el mes del año en que obtiene mejores resultados: “Ya se sienten con los pies en la arena, y con esa euforia es imposible decir que no. Por eso se alcanzan acuerdos con mayor facilidad. Es la excitación del fin de curso”. Julio es hoy un nuevo diciembre; las empresas cierran el primer semestre, anticipan cifras para terminar el año y aquilatan presupuestos. Se trata de una sensación parecida a llegar a la mitad del trayecto. Y, en nuestra eterna contradicción, corremos

Vivimos todo el año luchando contra lo que ahora deseamos: la pereza, el más light de los pecados

para poder parar, y nos subimos el ánimo para desmayarlo en cuanto apaguemos el teléfono.

¿De dónde viene esta dicha? ¿Qué tipo de ingenuidad altera los sentidos? Repetimos histriónicos “¡no puedo más! Suerte que sólo me quedan tres días...”, conscientes de que rozamos el límite de la extenuación y de que nos multiplicamos de forma absurda sin que nadie nos lo pida. Las vacaciones son la promesa postergada, los tártaros del desierto de Buzzati que nunca llegaron, el esperado Godot, la representación de todo aquello que aguardamos largo tiempo y que luego pasará por encima de nosotros en un instante, desvaneciéndose sin que apenas lo saboreemos.

“Respondamos a la ambición que ella misma es la que nos hace apetecer la soledad” aseguraba Montaigne. Vivimos todo el año luchando contra lo que ahora deseamos: la pereza, el más light de los pecados capitales. “Repugnancia al trabajo”, dice el diccionario. Vicio que aleja del trabajo y del esfuerzo, flojedad, descuido o tardanza, negligencia, tedio o descuido, indolencia. Dejarse mecer por las horas sin buscar ninguna acción-reacción en las cosas. Mientras el resto de pecados pertenecen a un esquema de rudimentaria psiquiatría acerca de neurosis o conductas alteradas, la pereza no embiste contra el mundo y carece de tintes diabólicos. Es abandono y renuncia, con una aceptación casi mística del no hacer nada. Si acaso, cerrar los ojos e imaginar todo aquello que podría suceder. No despegarse de las sábanas, desperezarse lentamente, recuperar el verbo *ronronear*, sentir la corriente de aire que entra por la ventana, celebrar el desentendimiento con las horas. Las vacaciones, esa estación intermedia entre el sueño y la vigilia.●

Benjamín Suárez Arroyo

El talento en la sociedad 4.0

La forma de entender y valorar el talento es hoy diferente. El desarrollo económico y social en la sociedad 4.0 (más flexible, democrática, colaborativa y abierta a los ciudadanos) ya no depende sólo de lo brillantes que sean unos pocos, sino de su capacidad para formar a gran escala personas competentes en todos los órdenes de la vida. Las personas brillantes son necesarias, sin ellas el progreso no sería posible, pero también lo son los ciudadanos competentes tecnológica, laboral, emocional y socialmente. Se puede afirmar que el talento está tanto o más relacionado con unas competencias personales amplias, multifuncionales y transversales, que con las facultades o la inteligencia de los individuos

(sin que estos atributos hayan perdido relevancia y protagonismo). Estas cuestiones ponen de manifiesto dimensiones diferentes del talento, uno tradicional y de unos pocos, concentrado y con una misión tractora, y otro, disruptivo y de todos, distribuido y en la base de la competencia.

Ello ocurre en unos escenarios económicos y sociales que piden a la gente más compromiso con la actividad y mayor responsabilidad individual y colectiva. El pensamiento digital exige más flexibilidad, nuevas formas de pensar y razonar, y autonomía en la toma de decisiones. La disrupción reclama mayor complicidad con la creatividad y capacidad para llevar a la práctica propuestas imaginativas y utópicas. La inmediatez acelera los procesos de maduración de las competencias personales, sustituyendo incluso a la ex-

periencia. La clave para aprovechar las oportunidades que brinda la sociedad 4.0 está en desplegar debidamente un talento que permita a todos sacar partido a entornos más inciertos y cambiantes que nunca.

Talento tractor y distribuido no son independientes, uno tira del otro, el otro, demanda al uno, y la sociedad a todos, pero no de cualquier manera. No se pueden establecer reglas ni vínculos concretos de relación, pero tienen que convivir y la forma de comunicación más efectiva es la formación que afecta a todos. En cualquier caso, sin olvidar que la transformación digital no es sólo un desafío tecnológico sino sobre todo cultural, un cambio en las formas de pensar, vivir y trabajar, en definitiva, de ser (actitud + aptitud = talento) para alcanzar la mayor satisfacción de todos.●

B. SUÁREZ ARROYO, catedrático de la UPC